

CAPÍTULO 3

Un Atributo Divino: Algo cierto sobre Dios

Majestad indecible, mi alma desea contemplarte. Clamo a Ti desde el polvo.

Sin embargo, cuando pregunto por Tu nombre, es secreto. Tú estás oculto en la luz a la que nadie puede acercarse. Lo que Tú eres no puede ser pensado ni expresado, porque Tu gloria es inefable.

Sin embargo, profeta y salmista, apóstol y santo me han animado a creer que puedo conocerte en alguna medida. Por lo tanto, te ruego, lo que sea de Ti mismo que hayas tenido a bien revelar, ayúdame a buscarlo como un tesoro más precioso que los rubíes o la mercancía de oro fino: porque contigo viviré cuando las estrellas del crepúsculo ya no existan y los cielos se hayan desvanecido y sólo Tú permanezcas. Amén.

El estudio de los atributos de Dios, lejos de ser aburrido y pesado, puede ser para el cristiano ilustrado un ejercicio espiritual dulce y absorbente. Para el alma sedienta de Dios, nada puede ser más delicioso.

Sólo sentarse y pensar en Dios, ¡Oh qué alegría es! Pensar el pensamiento, respirar el Nombre La Tierra no tiene dicha superior.

Frederick W. Faber

Antes de proseguir, parece necesario definir la palabra atributo tal como se emplea en este volumen. No se emplea en su sentido filosófico ni se limita a su significado teológico más estricto. Por atributo se entiende simplemente todo lo que puede atribuirse correctamente a Dios. A los efectos de este libro, un atributo de Dios es todo lo que Dios ha revelado de algún modo como verdadero en sí mismo.

Y esto nos lleva a la cuestión del número de los atributos divinos. Los pensadores religiosos han diferido al respecto. Algunos han insistido en que son siete, pero Faber cantó al "Dios de los mil atributos", y Charles Wesley exclamó,

Gloria confiesan tus atributos, Gloriosos todos e innumerables.

Es cierto que estos hombres adoraban, no contaban; pero sería prudente seguir la perspicacia del corazón embelesado en lugar de los razonamientos más cautelosos de la mente teológica. Si un atributo es algo que es verdad de Dios, mejor no intentemos enumerarlos. Además, para esta meditación sobre el ser de Dios no es importante el número de los atributos, pues aquí sólo se mencionarán unos pocos.

Si un atributo es algo verdadero de Dios, también es algo que podemos concebir como verdadero de Él. Dios, al ser infinito, debe poseer atributos que podamos conocer. Un atributo, tal como podemos conocerlo, es un concepto mental, una respuesta intelectual a la autorrevelación de Dios. Es la respuesta a una pregunta, la respuesta que Dios da a nuestro interrogatorio sobre sí mismo.

¿Cómo es Dios? ¿Qué clase de Dios es? ¿Cómo podemos esperar que actúe con nosotros y con todas las cosas creadas? Estas preguntas no son meramente académicas. Tocan lo más profundo del espíritu humano, y sus respuestas afectan a la vida, al carácter y al destino.

Cuando se formulan con reverencia y se buscan sus respuestas con humildad, son preguntas que no pueden sino agradar a nuestro Padre que está en los cielos. "Porque Él quiere que seamos

ocupados en conocer y amar", escribió Julián de Norwich, "hasta el momento en que seamos colmados en el cielo.... Porque de todas las cosas, el contemplar y amar al Hacedor hace que el alma parezca menos a sus propios ojos, y la llena más de temor reverente y verdadera mansedumbre; con mucha caridad para con sus compañeros cristianos. "Dios ha dado respuestas a nuestras preguntas; no todas las respuestas, ciertamente, pero suficientes para satisfacer nuestro intelecto y extasiar nuestro corazón. Esas respuestas las ha dado en la naturaleza, en las Escrituras y en la persona de su Hijo.

La idea de que Dios se revela en la creación no es sostenida con mucho vigor por los cristianos modernos; pero, sin embargo, está expuesta en la Palabra inspirada, especialmente en los escritos de David e Isaías en el Antiguo Testamento y en la Epístola de Pablo a los Romanos en el Nuevo. En las Sagradas Escrituras la revelación es más clara:

Los cielos declaran Tu gloria, Señor, En cada estrella brilla Tu sabiduría;

Pero cuando nuestros ojos contemplan Tu Palabra, Leemos Tu nombre en líneas más bellas. Isaac Watts

Y es una parte sagrada e indispensable del mensaje cristiano que el pleno resplandor del sol de la revelación llegó en la encarnación, cuando el Verbo Eterno se hizo carne para habitar entre nosotros.

Aunque Dios, en esta triple revelación, ha dado respuestas a nuestras preguntas sobre Él, las respuestas no están en la superficie. Deben buscarse mediante la oración, la meditación prolongada de la Palabra escrita y el trabajo serio y bien disciplinado. Por muy brillante que sea la luz, sólo puede ser vista por aquellos que están espiritualmente preparados para recibirla.

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".

Si queremos pensar con exactitud acerca de los atributos de Dios, debemos aprender a rechazar ciertas palabras que seguramente se agolparán en nuestras mentes, tales como rasgo, característica, cualidad, palabras que son apropiadas y necesarias cuando estamos considerando seres creados, pero totalmente inapropiadas cuando estamos pensando en Dios. Debemos liberarnos del hábito de pensar en el Creador como pensamos en sus criaturas. Es probablemente imposible pensar sin palabras, pero si nos permitimos pensar con las palabras equivocadas, pronto estaremos teniendo pensamientos erróneos; porque las palabras, que nos son dadas para la expresión del pensamiento, tienen el hábito de ir más allá de sus límites apropiados y determinar el contenido del pensamiento. "Así como nada es más fácil que pensar", dice Thomas Traherne, "nada es más difícil que pensar bien". Si alguna vez pensamos bien debe ser cuando pensamos en Dios.

Un hombre es la suma de sus partes y su carácter la suma de los rasgos que lo componen. Estos rasgos varían de un hombre a otro y pueden variar de vez en cuando dentro de un mismo hombre. El carácter humano no es constante porque los rasgos o cualidades que lo constituyen son inestables. Éstos van y vienen, arden poco o brillan con gran intensidad a lo largo de nuestra vida. Así, un hombre amable y considerado a los treinta años puede ser cruel y maleducado a los cincuenta. Este cambio es posible porque el hombre está hecho; en un sentido muy real, es una composición; es la suma de los rasgos que forman su carácter.

Pensamos natural y correctamente en el hombre como obra de la Inteligencia divina. Es a la vez creado y hecho. Cómo fue creado es uno de los secretos de Dios; cómo pasó de no ser a ser, de la nada a algo, es algo que no se conoce y que sólo podrá conocer Aquel que lo creó. Sin embargo, cómo lo hizo Dios es menos secreto, y aunque sólo

conocemos una pequeña parte de toda la verdad, sabemos que el hombre posee un cuerpo, un alma y un espíritu; sabemos que tiene memoria, razón, voluntad, inteligencia, sensaciones, y sabemos que para darles sentido cuenta con el maravilloso don de la conciencia. También sabemos que todo ello, junto con diversas cualidades de temperamento, compone su ser humano total.

Son dones de Dios dispuestos por una sabiduría infinita, notas que componen la partitura de la más alta sinfonía de las creaciones, hilos que componen el tapiz maestro del universo.

Pero en todo esto estamos pensando pensamientos de criatura y usando palabras de criatura para expresarlos. Ni tales pensamientos ni tales palabras son apropiados para la Deidad. "El Padre no está hecho de nadie", dice el Credo Atanasiano, "ni creado ni engendrado. El Hijo es del Padre solo, no hecho, ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo: no hecho ni creado, ni engendrado, sino procedente." Dios existe en Sí mismo y por Sí mismo. Su ser no se lo debe a nadie. Su sustancia es indivisible. No tiene partes, sino que es único en su ser unitario.

La doctrina de la unidad divina significa no sólo que no hay más que un Dios; significa también que Dios es simple, no complejo, uno consigo mismo. La armonía de Su ser es el resultado no de un equilibrio perfecto de partes, sino de la ausencia de partes. No puede haber contradicción entre sus atributos. No necesita suspender uno para ejercer otro, porque en Él todos Sus atributos son uno. Todo Dios hace todo lo que Dios hace; Él no se divide para realizar una obra, sino que obra en la unidad total de Su ser.

Un atributo, pues, es una parte de Dios. Es como Dios es, y hasta donde la mente razonadora puede llegar, podemos decir que es lo que Dios es, aunque, como he tratado de explicar, exactamente lo que Él es no puede decírnoslo. De lo que Dios es consciente cuando es consciente de sí mismo, sólo Él lo sabe. "Las cosas de Dios nadie las sabe, sino el Espíritu de Dios". Sólo a un igual podría Dios comunicar el misterio de Su Divinidad; y pensar que Dios tiene un igual es caer en un absurdo intelectual.

Los atributos divinos son lo que sabemos que es Dios. No los posee como cualidades; son cómo es Dios tal como se revela a sus criaturas. El amor, por ejemplo, no es algo que Dios tiene y que puede crecer o disminuir o dejar de ser. Su amor es el modo de ser de Dios, y cuando ama es simplemente Él mismo. Y lo mismo ocurre con los demás atributos.

*¡Un Dios! ¡Una Majestad! ¡No hay más Dios que
Tú! ¡Unidad sin límites ni extensión! ¡Mar
insondable! Toda vida está fuera de Ti,
y Tu vida es Tu dichosa Unidad.*

Frederick W. Faber